

AULA DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA CICLO II: LA CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS, HOY

La liturgia eucarística postconciliar

Prof. Aurelio García Macías

Secretario de la Asociación Española de Profesores de Liturgia
Valladolid

Santander, 20 de febrero de 2007

Es muy probable que los creyentes, que nos convocamos semanal y diariamente a celebrar la Eucaristía, podamos ser tentados por la rutina, aunque no caigamos en ella. Hace poco se ha publicado un libro titulado “*Me aburro en misa*”, que manifiesta lo que todos estamos constatando a nuestro alrededor, y no sólo entre los jóvenes.

El objetivo de esta conferencia es adentrarnos en el valor, la importancia, el significado que, después de la reforma litúrgica conciliar, ha querido dar la Iglesia a la Eucaristía. Para ello, he dividido el tema en cuatro puntos: en primer lugar una pequeña introducción; después expondré de manera sintética el deseo del Concilio Vaticano II; en tercer lugar, comentaré los esfuerzos de la reforma litúrgica, es decir, las claves que orientaron estos años de reforma hasta que fructifican en el nuevo misal romano, a cuya riqueza me referiré en el cuarto punto, dentro del cual haré un breve comentario de cada una de las partes de la celebración eucarística, teniendo en cuenta, especialmente, algunos aspectos teológicos, celebrativos y vitales.

1. INTRODUCCIÓN

Comienzo con una frase que me llamó mucho la atención hace unos años. En 1999, el entonces Cardenal Ratzinger, dio unas conferencias en Alemania. La Editorial Sígueme pensó reunir las en un volumen y publicarlas en español. Pidieron al citado Cardenal un prólogo para el libro que, en mi opinión, es muy iluminador para la situación actual:

“En los inicios de la reforma litúrgica conciliar, muchos creyeron que el tema de un modelo litúrgico adecuado era un asunto puramente pragmático, una búsqueda de la forma de celebración más accesible al hombre de nuestro tiempo. Hoy está claro que en la liturgia se ventilan cuestiones tan importantes como nuestra comprensión de Dios y del mundo, nuestra relación con Cristo, con la Iglesia y con nosotros mismos: **en el campo de la liturgia nos jugamos el destino de la fe y de la Iglesia**. La cuestión litúrgica ha cobrado hoy una relevancia que antes no podíamos prever.” (J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor. La fe en Jesucristo y la liturgia hoy*, Salamanca 1999).

Dentro de este ciclo dedicado a los sacramentos, voy a hablaros de la Eucaristía desde una perspectiva litúrgica; no reducida al cuidado del ceremonial de las

rúbricas, incensario y puntillas, sino entendida como expresión de nuestra fe cristiana, que se transmite no sólo por libros y palabras, sino también a través de los gestos y ritos. El Cardenal Ratzinger quiere decirnos que en el modo de celebrar la liturgia -en nuestro caso la Eucaristía- nos jugamos el sentido de nuestra fe.

En el primer milenio los problemas teológicos se debatían en el campo cristológico; cuestionaban si Cristo era Dios o era hombre, y los concilios trataron de clarificar la doble naturaleza humano-divina del Señor.

En la Edad Media, por ejemplo, se cuestionaba el valor sacramental de la eucaristía y la presencia de Cristo en las especies consagradas. Cuando Santo Domingo de Guzmán, entonces canónigo de la Catedral de Osma, acompañaba al obispo de esa Diócesis en un viaje a la famosa universidad de París, descubren que muchos pueblos del sur de Francia, llevados por la doctrina de cátaros y albigenses, no creen en la presencia real de Cristo en la eucaristía. A la vuelta de su viaje, antes de regresar a Osma, fueron a Roma a informar al Papa de la realidad que habían experimentado. Descubren la necesidad de educar en la fe a aquellos pueblos. Al ser imposible de conducir a estas personas a la Universidad para formarse con los buenos profesores de entonces, habría que acercar los profesores de la Universidad a estos pueblos, para educarles, enseñarles, y predicarles la doctrina recta desde los púlpitos, que son las nuevas cátedras de la verdad. Este es el origen de la Orden de Predicadores que tanto bien hizo a la Iglesia en tiempos de confusión teológica.

Actualmente, en el modo de celebrar la liturgia se está expresando en qué Dios creemos, en qué Iglesia creemos, en qué Cristo creemos... y las deformaciones teológicas, posiblemente, se están dando en el campo de la liturgia, que se manipula y se adapta a nuestro gusto y antojo haciendo de la liturgia de la Iglesia “mi” liturgia, “mi” Iglesia, “mi” Cristo, “mi” Dios... a “mi” imagen y semejanza. Hoy no cuestionamos la Cristología ni la Trinidad, sino otros temas, especialmente en el ámbito litúrgico.

Otro aspecto que me llama la atención es que, tras la publicación de la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* –Al empezar el nuevo milenio- de Juan Pablo II al episcopado, al clero y a los fieles, al concluir el Gran Jubileo del año 2000, todos los documentos de la Iglesia versan sobre la Eucaristía. Desde ese año se publican un Nuevo Misal (2002), la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), la instrucción *Redemptionis Sacramentum* (2004), la Carta *Mane nobiscum Domine* (2004); hay un Congreso Eucarístico Internacional en Méjico, un Sínodo de obispos sobre este tema, un Año dedicado a la Eucaristía. No es casual que, durante cinco años, muchos de los documentos emanados del magisterio pontificio hayan tratado sobre la Eucaristía. Es posible que, dentro de cincuenta años, cuando estudien este momento de la historia de la Iglesia, se pregunten el motivo de esta “ofensiva eucarística”.

Son “llamadas de atención” para avisarnos de que, probablemente, en este momento estemos alterando la esencia del misterio eucarístico. Tal vez en España estemos viviendo otro tipo de problemas, pero la Iglesia es universal y el magisterio pontificio habla a toda la catolicidad de la Iglesia. Por ejemplo, en EEUU se combate la moda de fabricar el pan eucarístico con sabor de frutas... Puede dar risa, verdad; pero es una señal de alarma que nos alerta –a modo de ejemplo- sobre innovaciones que pueden alterar lo sustancial de la eucaristía nunca cuestionado hasta hoy. De ahí nace mi invitación a renovar la llamada que nos hace el Concilio Vaticano II para cuidar, celebrar, transmitir y vivir bien la Eucaristía.

2. EL DESEO DEL CONCILIO VATICANO II (Sacrosanctum Concilium nº 47-57)

Sacrosanctum Concilium es la primera Constitución que se publicó, fruto de los diálogos y de las sesiones de los Padres Conciliares sobre la Liturgia, y que, de algún modo, marca los principios que van a orientar los cambios y la renovación posterior.

- *El Misterio pascual de Jesucristo*

“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección...” (SC 47)

En primer lugar, la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, primer fruto del Concilio Vaticano II nos insta a no olvidar que el centro de la celebración de la Eucaristía es la actualización del misterio Pascual de Jesucristo, su muerte y su resurrección. Por tanto, estamos celebrando un *memorial*: “Así pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión, de la muerte y resurrección de tu hijo...” dice el sacerdote en la plegaria eucarística.

Tenemos que comprender y conocer las oraciones que dice el sacerdote, porque ahí se define lo que estamos haciendo al celebrar este *memorial*. Un *memorial*, en la mentalidad semita, es algo más que una pura *mimesis* –imitación, representación-; es una *anámnesis*, es decir, que aquel acontecimiento que ocurrió en la cruz y que es inseparable de la resurrección, se actualiza hoy, y nosotros somos contemporáneos del mismo. Esto obedece a muchos estudios previos al Vaticano II, a lo largo del siglo XX, por ejemplo los de Casel, Marsili, Danielou, Congar, etc. sin los cuales los Padres conciliares, aunque lo supieran, no lo habrían podido subrayar como lo han hecho.

Cuando una familia judía celebra el *Seder* –la cena pascual-, todos están de pie y el niño pequeño pregunta por qué esa noche es diferente, el padre explica que en esa misma noche ellos, no sólo sus antepasados, están siendo liberados de Egipto, están saliendo de Egipto, Dios salva a su familia en esa noche.

Para nosotros, celebrar el *memorial* significa que, aunque hayan pasado miles de años, nosotros hoy estamos presenciando el mismo misterio pascual de Jesucristo en forma sacramental, bajo el velo de los signos del pan y del vino, queridos por Él, y transformados por la invocación del Espíritu Santo. Por eso, por ejemplo, la Iglesia pide que haya una cruz junto al altar; no pide que haya otras imágenes. Y cuando se inciensa en la Eucaristía, se inciensa la cruz y se inciensa el altar, para expresar, con estos gestos, que lo que ocurrió entonces se actualiza hoy, para que la asamblea relacione estos dos momentos. Por tanto, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo se actualiza sacramentalmente en la Eucaristía y nos hacemos contemporáneos de tal acontecimiento.

En 1996 el gobierno alemán invitó oficialmente a visitar su país al que fue primer Presidente de Israel después del holocausto nazi, Ezer Weizman. El 16 de enero de 1966 pronunció un discurso en el Parlamento alemán que sorprendió a los políticos del Bundestag; un discurso que perdura en la memoria y del que voy a leer un párrafo que nos puede ayudar a comprender el sentido semita de *memorial*, tan ajeno a nuestra mentalidad griega:

“Todo judío de toda generación debe entenderse a sí mismo como si él hubiera estado allí donde están las generaciones, los lugares y los acontecimientos, que se sitúan lejos de su tiempo... El recuerdo acorta las distancias. Han pasado doscientas generaciones desde los inicios históricos de mi pueblo, y tan sólo me parecen unos días. Tan sólo han transcurrido doscientas generaciones desde que un hombre llamado Abrahán se levantó para abandonar su tierra y su patria y dirigirse hacia una

tierra, que hoy es mi tierra...Sólo han pasado ciento cincuenta generaciones desde la columna de fuego de la salida de Egipto hasta las columnas de fuego del holocausto. Y yo, nacido de la descendencia de Abrahán, en la tierra de Abrahán, siempre estuve allí. Yo era un esclavo en Egipto y recibí la Torá en el monte Sinaí; atravesé el Jordán con Josué y Elías. Con el rey David entré en Jerusalén y con Sedecías fui conducido al exilio. No he olvidado Jerusalén junto a los canales de Babilonia y cuando el Señor volvió a habitar Sión estaba entre los soñadores que construyeron los muros de Jerusalén. He luchado contra los romanos y he sido expulsado de España; fui conducido a la hoguera en Maguncia y he estudiado la Torá en Yemen. He perdido mi familia en Kishinev y he sido incinerado en Treblinka... Somos un pueblo del recuerdo y de la oración. Somos un pueblo de las palabras y la esperanza. Hemos creado un reino, pero sin construir palacios y castillos. Sólo hemos ensamblado palabras entre sí. Hemos superpuesto capas de ideas, levantando casas de recuerdos y soñando torres de añoranza. ¡Ojalá Jerusalén sea reconstruida! ¡Ojalá la paz sea regalada y preparada en nuestros días! Amén.”

Yo siempre estuve allí... El concepto de *memorial* aplicado a la Eucaristía quiere decirnos lo mismo, nos hace contemporáneos del acontecimiento que actualizamos.

- Participación

Desde el Concilio de Trento al Concilio Vaticano II, quienes verdaderamente protagonizaban la celebración de la misa eran el sacerdote, acompañado por el monaguillo y, en ocasiones, por el organista. El pueblo presente estaba como espectador mudo y extraño, que no respondía nada. A partir de los años 40, se empezó a utilizar el misalito bilingüe con los textos en latín y castellano, pero quien protagonizaba la celebración era el sacerdote. En el nº 48 de la *Sacrosanctum Concilium* los Padres conciliares quieren mejorar y potenciar la participación de todos los fieles presentes, y lo expresan con estas palabras:

“La Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada.”

- Reforma de la Misa

“Revítese el ordinario de la Misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles...simplifíquense los ritos... restablézcanse, en cambio, de acuerdo con la norma de los Santos Padres, algunas cosas... (SC 50)

Se pide que se reforme el Ordinario de la Misa porque, a lo largo de los años, se habían ido incluyendo aspectos que no formaban parte de la estructura del primer milenio. Al igual que un cuadro con el paso del tiempo se deteriora por el acopio del humo y del polvo y necesita ser restaurado para que brille su color; los Padres conciliares proponen una revisión de los ritos de la misa para que se devuelva a la eucaristía su verdadero esplendor. El Concilio quiere volver a las fuentes, a los Santos Padres, a la hora enteramente primera del cristianismo, para descubrir lo esencial de la liturgia, de nuestra fe.

- Mayor riqueza bíblica

“A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia...” (SC 51)

A principios del segundo milenio, por diversas causas, entre ellas la incomprensión del latín, no se proclamaban en alto las lecturas bíblicas, sino que las leía el sacerdote en privado. Al no proclamarse las lecturas se pierde el lugar de la Palabra. Desaparece, por tanto, el ambón y con él la lectura de la Palabra de Dios; además, las lecturas que leía el sacerdote para sí repetían a lo largo de toda la semana las proclamadas el domingo anterior. Los Padres conciliares quieren que la espiritualidad cristiana retome la Sagrada Escritura, que el Pueblo de Dios se alimente con la lectura de la Palabra de Dios, porque –como dice san Pablo en la Carta a los Romanos- la fe nace de la escucha de la Palabra de Dios. Deciden preparar una serie de lecturas para cada día de la semana.

- La homilía y oración de los fieles

“Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma liturgia, la homilía...” (SC 52)

“Restablézcase la *oración común o de los fieles* después del evangelio y la homilía...” (SC 53)

Los padres conciliares acuerdan también que se recupere la homilía, entendida como explicación de la Palabra de Dios, en lugar de los sermones o catequesis que hacía un predicador mientras el sacerdote celebraba “su” Misa de espaldas a los fieles. El Concilio dice que se restablezca la homilía y la oración de los fieles, que siempre había formado parte de la Misa, pero que había desaparecido muchos siglos atrás.

- El latín y la lengua vulgar

“En las Misas celebradas con asistencia del pueblo puede darse el lugar debido a la lengua vernácula... Procúrese, sin embargo, que los fieles sean capaces también de recitar o cantar juntos en latín las partes del ordinario de la Misa que les corresponde...” (SC 54)

El Concilio permite el paso del latín a las lenguas vernáculas, a la lengua materna de los fieles. Ya lo había intentado el Concilio de Trento; pero en aquel momento de Contrarreforma parecía declinar ante las tesis de Lucero, que había optado por la lengua alemana para su liturgia. El Concilio Vaticano II consideró conveniente el cambio, ya que cada persona ora en su lengua materna.

La comunión, culmen de la participación en la Misa

“Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la Misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el cuerpo del Señor... la comunión bajo las dos especies puede concederse...” (SC 55)

La comunión, como probablemente sabrán, no formaba parte de la Misa. Se hablaba de comunión espiritual y, en ocasiones, los días de fiesta a primera hora de la mañana, se tenía la llamada “misa de comunión”.

El Concilio recomienda, *la participación más perfecta en la Misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor*. Incluso afirma que se puede comulgar con las dos especies; costumbre interrumpida en el siglo XVI.

Unidad de la misa

“Las dos partes de que consta la Misa, a saber: la liturgia de la palabra y la eucarística, están tan íntimamente unidas, que constituyen un solo acto de culto...” (SC56)

El Concilio habla también de las dos partes de la Misa: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia eucarística, comprendidas como *un solo acto de culto*. Tratan de combatir la mentalidad de que sólo la parte eucarística es la importante. Se creía que la Liturgia de la Palabra era una mera preparación psicológica para la verdaderamente central que era la consagración. Incluso, cuando la mentalidad jurídica determina el momento extremo para garantizar la validez de la Misa, algunos autores permitían hasta el ofertorio preparatorio antes de la consagración eucarística. El Concilio dice que, desde el principio hasta el final, la Eucaristía constituye una sola unidad con dos grandes partes: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística.

- La concelebración

“La concelebración, en la cual se manifiesta apropiadamente la unidad del sacerdocio, se ha practicado hasta ahora en la Iglesia tanto en Oriente como en Occidente. En consecuencia, el Concilio decidió ampliar la facultad de concelebrar...” (SC 57)

Finalmente, el Concilio decidió ampliar la facultad de concelebrar varios sacerdotes juntos, algo que hasta ese momento se reservaba para algunas celebraciones especiales, como la misa crismal o las ordenaciones.

Han pasado más de 40 años desde la clausura del Concilio y todos estos cambios están prácticamente asumidos. Sin embargo, en aquel momento surgieron una serie de reacciones denominadas “ultraconservadoras”, que establecieron una batalla para que no cambiase nada. Este hecho influyó e hizo sufrir al Papa Pablo VI y a la Comisión de la Reforma Litúrgica.

Quiero dejar claro que los Padres conciliares no se inventaron nada, sino que volvieron a los primeros siglos del cristianismo. Esta reforma fue pedida por el Concilio, formado por todos los obispos del mundo, y reunidos bajo la moción del Espíritu Santo. Los principios emanados del Concilio Vaticano II quisieron orientar la posterior reforma litúrgica para ayudar a los fieles de este momento histórico. Ciertamente habrán existido errores en su puesta en práctica; pero no podemos cuestionar la decisión de un Concilio. Es importante subrayar este dato, porque hay sectores eclesiales que cuestionan la validez de esta reforma justificando otras reformas anteriores como si fueran divinamente reveladas. ¿Por qué unas reformas sí y otras no? Todas obedecen a un deseo de la Iglesia, máxime cuando han sido discernidas en un Concilio ecuménico, sea el de Trento o el Vaticano II. Todas ellas manifiestan la vitalidad dinámica de una misma tradición, en la que perdura lo esencial de la fe y se mejora en cada momento histórico los aspectos más accidentales.

3. LOS ESFUERZOS DE LA REFORMA LITÚRGICA

“Todas las normas actuales, que han sido promulgadas basándose en la autoridad del Concilio Ecuménico Vaticano II, como el nuevo Misal que en adelante empleará la Iglesia de Rito romano para la celebración de la Misa, constituyen una nueva demostración de este interés de la Iglesia, de su fe y de su amor inalterable al sublime misterio eucarístico, y testifican su tradición continua y homogénea, a pesar de algunas innovaciones que han sido introducidas.” (OGMR 1)

La reforma litúrgica comenzó con un trabajo enorme; se estudiaron, uno por uno, todos los documentos, consultando las fuentes y los libros litúrgicos antiguos, para adaptarlas a los principios mencionados anteriormente. Como tratamos de la Eucaristía, voy a centrarme en el libro dispuesto por la Iglesia para su celebración en el rito romano: el Misal.

Después de grandes y vivas discusiones por parte de muchas comisiones de estudio, se publica en 1970 la revisión del Misal Romano, cuatrocientos años después del misal emanado por la reforma del Concilio de Trento y promulgado por el Papa Pío V en 1470. Surgen entonces reacciones en contra, críticas y acusaciones de haber inventado una nueva liturgia, una nueva Misa, que no corresponde la tradición eclesial. El Papa Pablo VI se vio obligado a escribir e incluir un documento como inicio del Misal Romano de alto valor teológico para comprender el misterio de la eucaristía y el valor de la reforma. Este precioso documento, que escribió de su puño y letra y que, como he dicho, inicia todo el misal, es lo que nosotros llamamos *Proemio*. Si lo leen verán la riqueza de las palabras de Pablo VI, de las cuales voy a subrayar solamente dos ideas:

Pablo VI insiste, justifica y demuestra que éste no es “un nuevo Misal”, sino un nuevo momento del único Misal del rito romano, que se va enriqueciendo y adaptando constantemente conforme a las distintas épocas por las que ha pasado.

Pablo VI habla de un testimonio de fe inalterable, aunque adaptada a los tiempos, y lo demuestra. Tenemos en el Misal oraciones de S. León Magno, por ejemplo en el tiempo de Navidad; de S. Pedro Crisólogo, en Adviento; de S. Gregorio Magno, que incluyó la oración del Padre nuestro antes del rito de la paz, etc. La oración posterior al Padrenuestro, que glosa la última petición de la oración dominical: *líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo*, es de S. León Magno.

Voy a contarles una anécdota que explica la razón por la que se incluyó esta última oración. En la época de S. León Magno, Atila y su ejército bárbaro, en su paso hacia el sur de Europa, destruían catedrales y monasterios, asesinaban comunidades religiosas y eclesiásticos... creando terror y destrucción a su paso. Se dirigían hacia Roma. La gente huyó de la Ciudad Eterna para salvar su vida dejando al Papa como único defensor de la ciudad. El Papa, en vez de acobardarse, salió con su caballo en busca del ejército de Atila, quien al verle pensó que era una aparición. Gracias a este encuentro salvó la ciudad de Roma. Y en este contexto eclesial tan inestable, dispuso que se desarrollara la última petición del Padrenuestro, con el embolismo: *líbranos Señor de todos los males...* Por tanto, es una oración por la paz en toda la Iglesia.

Se atacó al nuevo Misal de infidelidad a la tradición eclesial y de no creer en la presencia real de Jesucristo. Lo justificaban por el cambio de algunos gestos y textos, por ejemplo, la supresión de genuflexiones del sacerdote ante la hostia consagrada. Sin embargo, Pablo VI explica en su Proemio que se trata de la Misa de siempre, enriquecida, adaptada, revisada en la fe inalterable de la Iglesia en el misterio eucarístico.

Se acusaba también de diluir el carácter sacrificial de la Eucaristía, porque en el Misal se incluían expresiones como *Cena del Señor*, *Banquete memorial de la Pascua*, o *Presidente* en vez de sacerdote, términos comunes al lenguaje de la Reforma protestante. Es decir, había una serie de cuestiones por las que creían que se estaba protestantizando la Eucaristía. Pablo VI justifica tal incorporación afirmando que *las normas actuales constituyen una nueva demostración del interés de la*

Iglesia, de su fe y de su amor inalterable al sublime misterio eucarístico, y testifican su tradición continua y homogénea, a pesar de algunas innovaciones que han sido introducidas.

4. LA RIQUEZA DEL MISAL ROMANO ACTUAL

El actual Misal tiene una gran riqueza teológica en su terminología. Desaparecen expresiones como “decir” u “oír” Misa; para optar por el término celebrar la misa o la eucaristía. Se retoman denominaciones de los primeros siglos. Por ejemplo, la *fractio panis*, gesto de la fracción del pan, por el que los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús y al que hoy apenas damos importancia. Más tarde se la llamó *eucharistia*, que en griego significa acción de gracias; tal como permanece en el actual prefacio: *Demos gracias al Señor nuestro Dios... En verdad es justo y necesario darte gracias...* Esta actitud orante de acción de gracias dio nombre a toda la celebración eucarística. Posteriormente se denomina también el “Santo sacrificio” de la Misa; la “Divina Liturgia”, denominación que perdura actualmente entre los cristianos orientales; hasta utilizar expresiones como “Celebración eucarística”.

El Misal actual se enriquece también en su contenido eucológico con novedosas oraciones. El conocimiento de muchas fuentes litúrgicas antiguas publicadas en el siglo XX permite tener una visión panorámica de la historia de la eucaristía, que ayuda a la revisión y reforma de oraciones y ritos antiguos.

Se habla también de una celebración *de todos*, no sólo del sacerdote; en la que participan armónicamente el pueblo y los distintos ministros constituyendo una única asamblea congregada en el nombre del Señor.

Quiero subrayar algo que me parece importante y que los sacerdotes tendríamos que tener siempre muy claro. El presbítero es un instrumento, un servidor de la comunidad, que preside sacramentalmente en nombre de Cristo. Está allí para prestar un servicio a la Iglesia, que le necesita para representar al Señor, para ocupar el lugar que un día ocupó el Señor, para hacer las veces del Señor. Así lo formulan muchos documentos litúrgicos emanados del magisterio eclesial actual. Para cumplir esa misión, que excede nuestras posibilidades humanas, la Iglesia invoca el Espíritu Santo en el sacramento de la ordenación. De este modo, el sacerdote no actúa a título personal, sino en cuanto representante sacramental de Jesucristo. Su presencia en medio de la asamblea litúrgica garantiza que no se trata de una reunión cualquiera, sino de una asamblea litúrgica congregada en el nombre de Cristo y de la Iglesia.

Cuando el sacerdote ora: *Santifica, Señor estos dones con la efusión de tu Espíritu...* o *la bendición de Dios todopoderoso descienda sobre vosotros...* manifiesta que no es él quien consagra o bendice, sino el Señor, por medio de su Espíritu, a través de los gestos sacramentales del sacerdote. La Iglesia, en el momento de la consagración, podía haber dicho: *Tomad y comed el cuerpo de Cristo...*, *Tomad y bebed la sangre de Cristo*, en vez de *Tomad y comed todos de él, porque esto es “mi cuerpo”... ésta es “mi sangre”...* Lo hace así porque estas palabras expresan una identificación íntima y sacramental entre el sacerdote y Cristo. Es Cristo quien lo está diciendo por medio del sacerdote; es Cristo quien actúa; es Cristo quien bautiza, y perdona... Esta es la gran diferencia de la concepción teológica católica sobre la Eucaristía en relación a la concepción calvinista, luterana, reformada o metodista, por ejemplo.

Podríamos indicar también algunas observaciones relativas al espacio celebrativo de la eucaristía. Antes de la actual reforma litúrgica no había sede ni ambón; únicamente existía el altar. Ahora, al recuperar las distintas partes de la Eucaristía, y

sus diversos ministerios, se recupera también la importancia teológica de los espacios: la presidencia en la sede, la liturgia de la Palabra en el ambón y la liturgia eucarística en el altar; porque se trata de una celebración dinámica y armónica, en la que existen diversos espacios y no únicamente el altar.

Sería muy bonito explicar la riqueza del Leccionario y la selección de las actuales lecturas bíblicas. Decía el francés Lucien Deiss que la reforma más espectacular había sido el *Leccionario*, es decir, la abundante selección de textos bíblicos propuestos por la Iglesia siguiendo el curso del año litúrgico. La selección presupone una hermenéutica -interpretación- de los textos bíblicos para bien del pueblo de Dios.

Denominamos “Ordinario” de la Misa al texto inalterable que desde el principio *En el nombre del Padre* hasta el final *Podéis ir en paz* no varía y mantiene el esquema esencial de lo que denominamos misa. Además hay textos variables que se adaptan dependiendo de la liturgia del día, tiempo litúrgico o adaptaciones del sacerdote.

Dentro de este punto, voy a hacer un pequeño comentario a la lógica teológica de la Misa, siguiendo las distintas partes de su estructura, para que nos ayude a ver lo que el Concilio quiere enseñarnos.

La liturgia de la Misa tiene, como hemos dicho antes, dos partes importantes: la liturgia de la Palabra y la liturgia Eucarística, con un lugar representativo cada una de ellas: el ambón y el altar. Ambas partes justifican la denominada “teología de las dos mesas”, de la que habla el Concilio Vaticano II y los documentos litúrgicos posteriores. Lo que anuncia la liturgia de la Palabra se actualiza en la liturgia de la Eucaristía. Hay, por tanto, una íntima conexión entre ambas partes y están presentes en todos los sacramentos. El Concilio clarifica que no puede existir un sacramento sin que antes se proclame la Palabra de Dios. Incluso en la celebración del sacramento de la penitencia, mal denominada privada o individual, tendría que proclamarse la Palabra de Dios, aunque sea un breve texto, porque ilumina y anticipa los que acontece posteriormente en el gesto sacramental.

4.1 – Ritos iniciales

“Hacer que los fieles reunidos constituyan una comunión y se dispongan a oír como conviene la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía” (OGMR 46)

La Iglesia quiere que *los fieles reunidos formen una comunión*. No quiere que nos reunamos para consumir personal e individualmente un rito religioso, sino para participar en una celebración de la Iglesia, representada en los allí presentes.

Comenzamos poniéndonos de pie para acoger al celebrante que, como hemos visto, preside en nombre de Cristo, y que inicia la celebración saludando a Cristo con el beso del altar y saludando a la asamblea con el saludo de paz.

Tras la invocación inicial *En el nombre del Padre...*, el presidente nos saluda con las mismas palabras de Cristo resucitado: *la paz del Señor esté con vosotros*, y a continuación comienza el acto penitencial, con el fin de prepararnos a celebrar el misterio sagrado. Decía S. Juan Grande que a la Eucaristía había que ir *con miseria y poquedad*, por tanto, no en plan prepotente y orgulloso. El acto penitencial invita a cada uno de los presentes ha hacer una confesión personal en público, delante de todos, reconociendo que hemos pecado y pidiendo la intercesión de María, los ángeles, los santos y los hermanos.

Los días solemnes se dice a continuación el Gloria, un himno de alabanza que, en un principio, se reservó para la noche de Navidad, como continuación de la alabanza

angélica de esa noche; posteriormente se reserva para las misas del Obispo y más tarde para todas las fiestas.

Esta parte primera termina con una oración llamada *colecta*, en la que el presidente recoge las oraciones que la asamblea ha hecho en silencio y se las presenta a Dios Padre. Me gustaría resaltar la importancia de este momento. Si una persona no tiene hábito de orar, escuchar la Palabra de Dios, y dar gracias durante la semana, difícilmente podrá orar, entender las lecturas y unirse a la acción de gracias de la Eucaristía del domingo. La participación en la eucaristía requiere unas disposiciones previas en cada uno de los componentes de la asamblea.

4.2 - Liturgia de la Palabra

“Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la liturgia de la palabra; la homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen. Pues en las lecturas, que luego explica la homilía, Dios habla a su pueblo, le descubre el misterio de redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual; y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles...” (OGMR 55)

Anteriormente sólo había dos lecturas en la Misa: la primera, denominada *Apostolus*, y el evangelio. La estructura actual retoma la distribución de la liturgia de los primeros siglos. Hay una primera lectura que nos habla de la *primera alianza*. La Iglesia Católica, en diálogo con los judíos, ha aconsejado decir *primera alianza* en vez de *antigua alianza*, ya que para ellos continua en vigor la Alianza hecha por Dios y su pueblo en el Sinaí. Al terminar esta lectura se dice *Palabra de Dios* y respondemos *Te alabamos Señor*. Se continua con un salmo. La respuesta sálmica responsorial debería ser siempre cantada porque se trata de una aclamación en respuesta a la Palabra de Dios escuchada en la primera lectura.

Sigue la segunda lectura, del Nuevo Testamento. Se proclama la nueva y definitiva alianza en Cristo, explicada en las cartas de Pablo o de los apóstoles, expresión de la primera gran predicación cristiana. Finaliza, al igual que la primera lectura, con la aclamación *Palabra de Dios*, y la respuesta *Te alabamos, Señor*.

Tras la segunda lectura hay una peculiar gestualidad ritual que rompe la serenidad tenida hasta entonces: un ministro ordenado pide la bendición al presidente, nos ponemos en pie, va procesionalmente al ambón, nos invita a signamos, inciensa el evangeliario, proclama el texto evangélico, besa el libro... ¿Por qué este dinamismo ritual. Es una pedagogía litúrgica para resaltar la centralidad del evangelio sobre el resto de las lecturas proclamadas. El evangelio es Palabra del Señor, Palabra de Cristo dirigida a la asamblea, que responde con una especial veneración ante la Palabra de su Señor.

A continuación viene la homilía, que es explicación de la Palabra de Dios proclamada para comprenderla y aplicarla a la vida. Cuando uno entiende la Palabra de Dios, la cree y confiesa: *Creo en Dios Padre... en Dios Hijo... en Dios Espíritu...* La Palabra de Dios ilumina la realidad de la vida y hace descubrir las sombras y necesidades; por eso, tras la profesión de fe, oramos a Dios Padre con la oración de los fieles por las necesidades del mundo.

La Liturgia de la Palabra nos ha conducido desde el Antiguo Testamento al Nuevo Testamento. La Primera Alianza recordada en la primera lectura es el largo *Camino* del pueblo de Israel hasta llegar a la revelación cristiana; la predicación de los Apóstoles recordada en la segunda lectura nos habla de la *Verdad* manifestada en Cristo; y la palabra de Cristo proclamada en el evangelio anuncia la *Vida*, lo que ha de vivir un cristiano. La Palabra de Dios es Camino, Verdad y Vida para el cristiano.

4.3 – Liturgia eucarística

“En la última Cena, Cristo instituyó el sacrificio y convite pascual, por medio del cual el sacrificio de la cruz se hace continuamente presente en la Iglesia cuando el sacerdote, que representa a Cristo Señor, realiza lo que el mismo Señor hizo y encargó a sus discípulos que hicieran en memoria de él”(OGMR 72)

La Iglesia no tiene poder sobre la Eucaristía porque es de Cristo. Ni el Papa ni un Concilio, nadie, puede eliminar o alterar el sacramento de la Eucaristía, porque es un signo sacramental de Cristo. Lo que tiene que hacer es celebrarla, transmitirla, continuarla... La liturgia eucarística está estructura entorno a los gestos de Cristo, el cual *tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio...* Cada uno de estos gestos cristológicos sirve para comentar las partes de la Liturgia eucarística.

En la presentación de las ofrendas se presentan los dones del pan, vino, agua y todo lo destinado a los pobres. La colecta es un gesto de caridad compartida para sufragar las necesidades de la Iglesia y de los pobres.

Preparados los dones en el altar, el sacerdote da gracias con la gran Plegaria Eucarística, en la que se invoca al Espíritu Santo en dos momentos preciosos: uno para consagrar el pan y el vino: *santifica, Señor, estos dones...* y otro para pedirle *humildemente, que nos congregue en la unidad a los que vamos a participar del Cuerpo y Sangre de Cristo*. Se invoca al Espíritu en dos momentos diferentes, para pedir la santificación de los dones y la unificación de la asamblea.

Después de invocar al Espíritu y recordar en la anamnesia el misterio casual de Jesucristo, hay una serie de peticiones a Dios Padre por todos los presentes y los ausentes, los vivos y los difuntos, los miembros de la Iglesia terrestre y celeste, el Papa, el Obispo y todos los pastores de la Iglesia. Es una plegaria que expresa la comunión de los santos.

Posteriormente tiene lugar el rito de la fracción del pan eucarístico. Es Cristo mismo el que se entrega, se rompe, se parte por nosotros y se reparte entre nosotros. Reconocemos que Jesús es *el Cordero de Dios*, el Cordero pascual entregado por nosotros para redimir y ser alimento del pueblo, y le pedimos que *tenga piedad de nosotros*.

A continuación tiene lugar el rito de la comunión. En la plegaria se ha dicho que *Jesús tomó el pan, lo partió y se lo dio...* Recuerdo aquí cómo explicaba S. Cirilo de Jerusalén a los que iban a comulgar, no sólo los gestos, sino el sentido de los mismos. Invitaba a hacer de la mano izquierda un trono para el rey, y cogerlo con la mano derecha con respeto y amor para comulgar a Cristo. Cuando alguien va a comulgar se dispone a ir hacia Cristo; y el *amén* que responde antes de comulgar es una auténtica profesión de fe en la presencia real del Señor en el pan y vino eucaristizados.

4.4 - Rito de conclusión

“Pertenece al rito de conclusión: algunos avisos breves...el saludo y la bendición... la despedida del pueblo... el beso del altar...” (OGMR 90)

Los ritos de conclusión son muy sencillos: Después de comulgar, el presidente hace una oración cuyo contenido vincula la mesa de la Eucaristía con la mesa del Reino de Dios. Toda eucaristía es prenda de los bienes futuros, es anticipo de la plenitud gloriosa del Reino de Dios.

Finaliza con una parte que generalmente descuidamos: *Podéis ir en paz...* No es una buena traducción castellana. El latino *Ite, missa est* es difícil de traducir. Parafraseando la expresión latina, el sacerdote expresa que la misa ha terminado y *we somos enviados a vivir aquello que hemos celebrado*. Comulgar a Cristo supone un

compromiso para el cristiano. Significa que el que ha comulgado a Cristo quiere vivir como Él y tiene que vivir como cuerpo entregado, como sangre derramada... porque ése es el Cristo que hemos comulgado.

Hay que concluir la eucaristía con esta convicción. No en vano, el evangelio de Juan no describe la Cena Pascual, la Última Cena, sino que en su lugar describe el precioso gesto del lavatorio de los pies. Jesús se levanta y se pone a lavar los pies a los discípulos. Se trata de un gesto de esclavos, de tontos, de los que no servían para otra cosa; un gesto que escandaliza a Pedro, quien se niega a ser lavado por Jesús, entre otras cosas por miedo a que le tocara hacer lo mismo a él. Jesús acompaña el gesto con unas palabras magistrales: Mirad, yo, que soy el Señor y el Maestro, me he convertido en siervo para lavaros los pies; vosotros tenéis que hacer lo mismo...

Si el que preside, Jesús, el Maestro y Señor, lava los pies como siervo; el que comulga el cuerpo y la Sangre de Cristo, tiene que salir de la celebración con la misión de seguir representando a Cristo siervo, como Cuerpo entregado y Sangre derramada por los demás.

5. CONCLUSIÓN

“La observancia de las normas que han sido promulgadas por la autoridad de la Iglesia exige que concuerden la mente y la voz, las acciones externas y la intención del corazón. **La mera observancia externa de las normas**, como resulta evidente, **es contraria a la esencia de la sagrada Liturgia**, con la que Cristo quiere congregar a su Iglesia, y con ella formar “un solo cuerpo y un solo espíritu”. Por esto la acción externa debe estar iluminada por la fe y la caridad, que nos unen con Cristo y los unos a los otros, y suscitan en nosotros la caridad hacia los pobres y los necesitados. Las palabras y los ritos litúrgicos son expresión fiel, madurada a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él; conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón. Cuanto se dice en esta instrucción, intenta conducir a esta **conformación de nuestros sentimientos con los sentimientos de Cristo**, expresados en las palabras y ritos de la Liturgia.” (CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, n^o 5).

Hemos hecho un breve recorrido por la celebración eucarística actual. Yo os invitaría a descubrir la preciosa teología de la eucaristía expresada en esta rica ritualidad de la Iglesia. Os confieso que, después de 16 años de presbítero, he valorado la Misa católica cuando, por mis estudios, he estado celebrando más de un año la Divina Liturgia en rito bizantino... Cuando contrastas tu rutinaria tradición materna con otras tradiciones litúrgicas valoras mucho más lo que tienes. Ojalá salgamos hoy todos de aquí con la firme convicción de valorar un poco más la eucaristía, no sólo en su aspecto litúrgico, sino también como fuente donde mana la teología, la espiritualidad y el compromiso de todo cristiano.

Muchas gracias.

DIALOGO

P. *Sobre el sentido del rito de despedida, cuando la Misa se celebraba en latín: “Ite, missa est”.*

La expresión *Ite, missa est*, se traduce por “la Misa ha terminado, vayamos en paz”; sin embargo, la expresión original tiene sentido de envío.

P. *Me hubiera gustado un mayor desarrollo de la Eucaristía en relación con el compromiso y la formación de comunidades cristianas vivas en la Iglesia actual.*

El tema de la Eucaristía necesitaría mucho más tiempo. La conferencia anterior fue una especie de introducción bíblica a los textos eucarísticos; precisamente por eso, yo me he fijado más en la liturgia eucarística postconciliar, clarificando algunos aspectos de la reforma actual y la razón de la misma; todo ello desde un plano puramente descriptivo, sin entrar en el tema que Vd. me dice.

La Eucaristía no puede estar desvinculada de la vida y de la misión de la Iglesia y de la misión de un cristiano. Es un punto de partida y un punto de arranque. Yo veo que está en el camino de la vida de una persona, de una comunidad, de una familia, de toda la Iglesia... En la Eucaristía confluye la vida evangélica; es decir, si una persona no perdona, es imposible que tenga sentido para ella el acto penitencial de la eucaristía, porque se convertirá en un rito vacío y externo. A la Eucaristía hay que llegar con la vida, y la Eucaristía da fuerzas para volver a la vida creyente.

Yo he preferido tratar el tema desde la perspectiva celebrativa, es decir, describir la lógica teológica de la Eucaristía que, normalmente, se estudia muy poco.

Las advertencias previas a las que me he referido no son mías, sino de los documentos citados del Magisterio eclesial; donde se hacen algunas llamadas de atención sobre abusos actuales que alteran el esquema y lógica de la celebración eucarística.

P. *Sigo la celebración de la Misa con un misal, porque me ayuda a estar más atento y percibir matices que, de otra manera, se me escaparían. Reconociendo la riqueza de nuestra liturgia, a veces el lenguaje y el enfoque de los textos y de las oraciones, son muy extraños para la sensibilidad contemporánea.*

Yo creo que la reforma actual está en ese camino, pero creo que también tenemos que ver que, para llegar a la Eucaristía y para celebrar la liturgia actual, hace falta una iniciación. Pensemos un poco en Exhortación *Evangelii Nuntiandi*, traducido en castellano “La Evangelización del mundo contemporáneo”, escrita por Pablo VI al final de su pontificado. Afirma el papa que, tanto a bautizados como a no bautizados, hay que anunciarles a Cristo, porque damos por supuesto que los primeros lo conocen y no siempre es así. La respuesta a este anuncio será afirmativa o negativa; quien acepte habrá que iniciarle a la fe cristiana, habrá que catequizarle por medio de un catecumenado; después del cual y sólo después de esta iniciación doctrinal podrá acceder a la celebración litúrgica. Para comprender la liturgia se necesita una iniciación.

Hay conceptos que son claves para el cristianismo de cualquier época, aunque no siempre se conocen porque se trata de un lenguaje simbólico y teológico que puede resultar incomprensible para el mundo actual y al que, por otra parte, el

cristianismo no puede renunciar; por esta razón, decimos que es necesaria una iniciación.

P. *La reforma litúrgica se ha quedado muy corta porque, en 40 años, los cambios en la sociedad han sido muy grandes. Bastante gente que asiste con frecuencia a la Iglesia, vive la Eucaristía desde la pasividad y la rutina, ajena a los ritos y a los símbolos que les resultan incomprensibles.*

Estoy de acuerdo en lo que dice, pero creo que necesitaríamos también hacer un esfuerzo para adaptarnos e inculturarnos nosotros a la liturgia. La liturgia no puede estar cambiando continuamente, porque tiene que ver con la uniformidad en la fe. Lo sustancial de la liturgia no puede cambiar. Insisto en lo que acabo de decir, hay que hacer un esfuerzo por *iniciar*. Efectivamente, quizás tengamos que explicar algunas cosas con otro lenguaje más comprensible para la gente, pero sin alterar la fe de la Iglesia.